

en las montañas de Escocia, donde, á fuerza de vivir en la mas profunda soledad, acabó por amar las fuentes, los arroyos, las grutas, las montañas, el cielo y las nubes. Obligado á renunciar al trato de sus semejantes para subsistir, se apasionó de las bellezas de la naturaleza; pero no hubiera llegado nunca á ser capaz de pintarlas, si no hubiese adquirido una variada instruccion y un talento notable, gracias á la fuerza de su voluntad y á su constante aplicacion. Su ejemplo nos enseña que un jóven cuya infancia ha sido descuidada completamente, puede reparar esta desgracia si es capaz de quererlo y de perseverar en su propósito.

§ II. MODESTIA.

De todos los vicios, el orgullo es acaso el mas odioso y peligroso. (*Tratado de moral.*)

La tontería y la vanidad son dos hermanas que rara vez se separan. (*Moralistas orientales.*)

Si quereis que hablen bien de vosotros, guardaos bien de elogiarnos: el yo en este caso es detestable. (*PASCAL.*)

La modestia es el adorno que da fuerza al mérito y lo realza. (*LA BRUYÈRE.*)

Conviene merecer las alabanzas y sustraerse á ellas. (*FENELON.*)

Blasonar de nobles, afortunados ó talentosos, es confesarnos indignos de esas cualidades. (*B.*)

El que se avergüenza de su primitivo estado ó de la humilde condicion de sus padres, cuando ha llegado á un puesto superior á ella, es un ingrato con la Providencia. El que obra así da pruebas de tener un ánimo mezquino y un mal corazón. (*B.*)

Platon.

Era Platon un célebre filósofo ateniense, discípulo de Sócrates, que compuso importantes y bellísimas obras. Cuando estaba Grecia en el apogeo de su gloria, fué á Olimpia¹ á ver los juegos, y vivió allí con personas desconoci-

1. Los juegos olímpicos eran unas fiestas magníficas que se celebraban cada cuatro años, en el solsticio de

verano, y en las cuales tomaban parte todos los pueblos que componían la confederacion de la Grecia.

das, cuyo afecto se grangeó en breve por la suavidad de sus modales y la dulzura de su carácter. Sin haberles hablado de ciencias ni de filosofía, les dijo solamente que se llamaba Platon; pero despues de la celebracion de los juegos, fueron juntos á Aténas, donde el filósofo les hospedó en su casa, con la mayor cortesía y cordialidad. Sus huéspedes le dijeron entónces: « Hacednos el favor de llevarnos á casa de ese célebre filósofo que se llama Platon, como vos, pues nuestra visita á Aténas ha sido, en parte, para verle. — Soy yo, contestó Platon con modesta sonrisa. Sorprendidos los forasteros al ver, que sin saberlo, habian tenido un compañero tan ilustre, se convencieron de que cuanto se decia de Platon, era inferior á lo que merecia, y que su modestia igualaba á su mérito. Murió 347 años ántes de J. C.

Epaminondas.

Epaminondas, general tebano, era famoso por sus hazañas y su desinterés. Sus enemigos, para mortificarle, le hicieron nombrar *tetarco*, empleo indigno de él, pues consistia en hacer barrer las calles; pero el valiente general, léjos de dar á entender que consideraba degradantes aquellas funciones, las aceptó con buena gracia y las desempeñó con celo. Con este motivo se dijo: « Epaminondas ha probado con su ejemplo que no es el empleo el que honra al hombre, sino el hombre el que honra al empleo. » Murió 363 años ántes de J. C.

Turena.

Turena, uno de los capitanes mas grandes y virtuosos que ha tenido Francia, acababa de ganar una gran batalla en la cual se cubrió de gloria. Para anunciar esta victoria á su mujer, hé aquí el billete que le escribió: « ¡Alabado sea Dios! Me he cansado un poco durante el dia; os doy las buenas noches y voy á acostarme. » De este modo

no dijo ni una sola palabra de su habilidad, de sus admirables maniobras, ni de sus heroicas hazañas. Nunca se desmintió la modestia de este gran capitán: « ¿ Quién hizo



Turena.

jamás mayores cosas que él? » dice uno de sus panegiristas: « ¿ Quién las hizo con más moderación? Si lograba alguna ventaja, no la atribuía á su habilidad, sino á una equivocación de sus enemigos; si daba cuenta de una victoria, lo refería todo y solo olvidaba decir que era él quien la había ganado; cuando contaba alguna de esas acciones que

le habían hecho tan célebre, cualquiera hubiera dicho que él no fué más que un mero espectador de ellas, llegándose hasta dudar si él ó la fama se equivocaban; al regresar de las gloriosas campañas que immortalizaban su nombre, huía de las aclamaciones populares, se sonrojaba de sus victorias y no osaba casi presentarse en la corte, porque el respeto le obligaba á soportar con paciencia los elogios con que le honraba siempre el rey.

Este grande hombre vivía en París con la mayor sencillez, y semejante á los héroes de la antigua Roma, no se singularizaba con ningún brillo exterior. Muchas veces iba solo á pie á oír misa en la iglesia más cercana y desde allí á pasearse por la ciudad, sin acompañamiento ni distintivo alguno. En uno de sus paseos, se halló un día junto á un corrillo de trabajadores que, no conociéndole, le pidieron que fuese árbitro de una jugada. Turena midió la distancia con su bastón, pronunció su fallo y se vió injuriado por el perdidoso. El mariscal, sonriéndose, iba á medir por segunda vez la distancia, cuando varios oficiales que pasaban por allí, fueron á saludarle. El insolente mozuelo, al ver con quién las había, se confundió en excusas, pero Turena se contentó con responderle: « Amiguito, has hecho mal en creer que yo quería engañarte. »

Una de las pocas veces que iba al teatro, se halló solo en un palco, donde entraron después varios forasteros con mucho boato; éstos, que no le conocían, quisieron obligarle á que les cediese el puesto, pero habiendo él rehusado, como era natural, tuvieron la insolencia de echarle al patio el sombrero y los guantes. Turena, sin inmutarse, suplicó á un jóven que estaba allí cerca, que fuese á recogerlos. Hízolo así, y al devolvérselos, le saludó por su nombre. Al oírlo se llenaron de confusión los insolentes forasteros y quisieron retirarse, pero Turena les retuvo con bondad, y les dijo: « Señores, con apretarse un poco, había fácilmente puesto para todos. » Turena nació en 1611 y murió en 1675.

Catinat.

Catinat, hombre virtuoso y uno de los mejores generales de Luis XIV, fué acaso el hombre mas sencillo y modesto de su tiempo. En la relacion que hizo al ministro de la batalla de Staffarde¹, que acababa de ganar, citó á todos los jefes de los cuerpos que pelearon bajo sus órdenes, y el rey, segun el parte del general, debia á cada uno de ellos un favor particular: solo las cartas de varios oficiales referian las hazañas de Catinat, y por ellas se supo que habia perdido su caballo, recibido varios balazos en sus vestidos, y por fin, una contusion en el brazo izquierdo. Era tan poco lo que hablaba de sí el valiente general, que una persona que leyó el parte, preguntó con mucha naturalidad si Catinat se hallaba presente en la batalla. Al dia siguiente, cuando fué á felicitar á uno de los regimientos que mas contribuyeron al triunfo por su valor, varios soldados, que estaban jugando á los bolos á la entrada del campo, dejaron el juego para acercarse al general; pero Catinat, con tono bondadoso, les dijo que no se incomodasen. Varios oficiales le propusieron entónces que hiciese una partida con ellos, lo que aceptó el general, poniéndose á jugar á los bolos. Hallábase presente un oficial de graduación, y dijo, chanceándose, que era muy extraño ver jugar á los bolos á un general de ejército al siguiente dia de una batalla: «Os equivocais, contestó Catinat, lo extraño seria que jugase despues de haberla perdido.»

Esta moderacion y serenidad de ánimo, en un momento que para otros muchos seria un motivo de orgullo, pinta bien el carácter del grande hombre y del verdadero sabio.

El general Santander.

Paseábase un dia por su hacienda el general americano Santander. Viene á él un fatuo con el sombrero puesto, y

1. Pueblo de Piamonte, situado á 6 kilómetros N. E. de Saluces.

miéntas Santander le escuchaba con sombrero en mano, el otro le dice: « Buen hombre, yo no se de quién es esta hacienda, pero puedes decir á su dueño que me he tomado la libertad de cazar en ella. »

Como algunos aldeanos que se hallaban presentes se rieron á carcajadas, el jóven preguntóles con tono altanero de qué se reian. « De la insolencia con que habla usted al general, » le respondieron.

Vuélvese entónces hácia él con sombrero en mano, y se disculpa diciendo que no le conocia.

« No sé, le respondió, qué necesidad hay de conocer á un hombre para quitarse el sombrero y saludarle cuando se le habla. En adelante, amigo, hará bien en ser cortés con todo el mundo, y así tendrá derecho de que lo sean con usted.

Hipócrates.

Hipócrates era un célebre médico de Cos, una de las Cíclades ó islas del mar Egeo. Nació 460 años ántes de Jesucristo.

Ademas de haber estudiado medicina con su abuelo Nembro, se instruyó mucho leyendo las tablillas ó registros depositados en los templos de los dioses, en las cuales cada individuo estaba obligado á extender una descripcion de la enfermedad que habia tenido y de los remedios de que habia hecho uso.

Dió una prueba notable de sus conocimientos en medicina, librando á los atenienses de una peste horrible que los desolaba al principio de la guerra del Peloponeso. Una corona de oro, los derechos de ciudadano de Atenas, y la iniciacion en los misterios de Elénsis, fueron la recompensa de este importante servicio.

No tenia ambicion á honores ni riquezas. Habiéndole convidado Artajerjes Largamano, rey de Persia para ir á su córte, prometiéndole honores y recompensas considerables, Hipócrates los rehusó con firmeza, pero con modes-

tia, y respondió al monarca, que habia nacido para servir á sus compatriotas y no á los extranjeros.

Empleaba su tiempo en observar con atencion los síntomas y los progresos de cada enfermedad, y en hacer experiencias sobre el cuerpo humano. Los médicos que han vivido despues de él han sacado mucho provecho de sus observaciones llenas de claridad. Con razon fué llamado el padre de la medicina.

Recogió el fruto de la prudencia y moderacion con que arregló su método de vida, pues llegó hasta los cien años de edad, sano de cuerpo y de espíritu. Solo un corto número de sus obras han llegado hasta nosotros.

Madama Dacier.

Era madama Dacier una mujer muy instruida y famosa por sus obras. Un sabio aleman que las leyó y las apreciaba mucho, fué á visitarla á Paris y la presentó su álbum, para que escribiese algo en él. Habia en aquel álbum las firmas de los mas célebres literatos de Europa, y madama Dacier contestó que jamas se atreveria á poner su nombre al lado del de aquellos hombres ilustres. Insistió el aleman, y á fuerza de instancias logró decidirla. Madama Dacier tomó entónces la pluma y escribió su nombre al pie de esta sentencia de un autor griego: «El silencio es el adorno de las mujeres.»

Amyot.

Jaime Amyot, célebre por sus obras, nació en Melun, en 1513, y era hijo de una familia de pobres artesanos. Hizo sus estudios en Paris, sin mas socorro que un pan que su pobre madre le enviaba cada semana, y aun se dice que, falto de vela ó aceite para alumbrarse, estudiaba al débil resplandor de algunas brasas, como hacia Adriano Florent á la luz de la lamparilla de una iglesia.

Cuando acabó sus estudios á fuerza de privaciones y

trabajo, fué nombrado catedrático, y luego preceptor de los hijos de Enrique II, que le colmaron de bienes y dignidades. Murió en 1598, siendo gran limosnero de Francia y obispo de Auxerre.

Hé aquí una anecdota que le honra. Siendo niño, cuando iba á Paris para hacer sus estudios, se perdió y cayó enfermo en el camino. Un ginete que pasaba por allí, le vió tendido en medio del campo, se compadeció, ayudóle á levantar, y poniéndole en grupas de su caballo, le llevó al hospital de Orleans. Como sólo estaba enfermo de cansancio, se restableció pronto y salió del hospital con doce sueldos que le dieron. Cuando llegó á ser rico, léjos de avergonzarse de esta aventura, fundó una renta al hospital de Orleans en reconocimiento de aquel acto de caridad y para perpetuar su memoria.

Sixto-Quinto¹.

Cuando el jóven Félix Perelli, que llegó á ser papa con el nombre de Sixto-Quinto, fué á Roma por primera vez, hallábase muy necesitado y no poseia mas que una cortísima cantidad de dinero que no sabia cómo emplearla, si en comer ó en comprarse un par de zapatos. Durante esta consulta interior, se pintaba en su fisonomía la expresion de los diversos movimientos de su alma, y un mercader que acertó á pasar por allí, le preguntó la razon de su incertidumbre. Díjosela el mozo ingénuamente, y con tal gracia, que el mercader embelesado se lo llevó á su casa, le regaló con una buena comida, y puso de este modo término á su irresolucion.

Cuando Félix llegó á ser papa, se complacia en referir esta aventura sin el menor rubor. A su vez convidó á comer al mercader, y no contento con hacerle este honor, le colmó de favores.

¹ Nació en Montalto, cerca de Aseoli, en Italia, y pasó su infancia guardando cerdos. Fué papa desde 1585 á 1590. Su reinado fué muy glorioso.

Duras.

[Siglo XVII.]

Un valiente oficial llamado Duras, era hijo de un pobre labrador, pero en el regimiento en que servía, le creían todos descendiente de la ilustre casa de Durfort de Duras. Un día que su padre fué á verle, le recibió con los brazos abiertos, y en el transporte de su alegría, le presentó á su coronel con el traje campesino. Enterado Luis XIV del modo con que recibió y honró á su padre este buen hijo, le mandó ir á su córte, y le dijo: «Duras, me es muy satisfactorio conocer á uno de los mas honorables generales de mi ejército: os concedo una pension; casaos y yo me encargaré de vuestros hijos, pues mereceis tenerlos dignos de vos.»

Madama de Maintenon.

Acontece muy á menudo que en la prosperidad no nos acordamos de lo que hemos sido mas que para hacer que los demas lo olviden. La célebre Madama de Maintenon se acordaba siempre de lo que fué, pero era para hacer bien á los demas. Sucedió un día que entre los numerosos solicitadores que llenaban sus salones, se acercó á ella un hombre que la dijo con cierto respetuoso atrevimiento: «Señora, hace unos cuarenta años que os ví por primera vez, y aunque no me reconozcais, no es posible que hayais podido olvidarme enteramente. ¿No os acordais de que á vuestro regreso de las islas íbais todos los juéves á la puerta del colegio de la Rochela, donde, segun la costumbre de la mayor parte de las comunidades, se repartía la sopa á los pobres? Entónces era yo uno de los profesores de aquel establecimiento, y cuando me tocó hacer este reparto, llamásteis mi atencion entre la muchedumbre de pobres por vuestros finos modales y ademan distinguido: la timidez con que os presentábais para recibir aquella limosna, me llenó de compasion. — ¡Cómo! respondió

Madama de Maintenon, ¡sois vos aquel hombre generoso que, para evitarme el rubor de verme confundida con aquellos desgraciados, me enviábais la sopa á mi casa, añadiendo cuán sensible os era no poder darne mas que un socorro tan mínimo! En aquella ocasion me hicisteis dos favores; uno al darne la limosna, y otro ahorrándome el dolor de recibirla en público. ¿Qué puedo hacer en vuestro obsequio?»

Contestó el anciano que hacia ya muchos años que habia salido del colegio de la Rochela, y que en aquel momento, por una série de circunstancias desgraciadas, no era mas que maestro de escuela de un pueblo, pero que toda su ambicion se limitaba á obtener una cura, y que contaba para ello con la proteccion y acaso con el agradecimiento de Madama de Maintenon. Respondióle la noble señora que ella no queria intervenir en el nombramiento de curas, y que no sabia si él era apto para dicho cargo; que por consiguiente, le rogaba que se contentase con recibir, por el pronto, una bolsa con cien doblones¹, prometiéndole enviarle cada año igual cantidad.

Bernadotte en Viena.

[1798.]

El general Bernadotte², que llegó á ser con el tiempo rey de Suecia, fué enviado á Viena por la República francesa en calidad de embajador. Súpose en aquella córte alta-nera que habia servido como soldado en un regimiento, cuyo coronel era M. de Bethizy, y creyeron humillar al valiente general recordándole el modesto principio de su carrera. El baron de Thugut, ministro austríaco, le dijo un día en medio de una brillante y numerosa reunion: «Señor embajador, tenemos aquí á un antiguo oficial emigra-

1. Pieza de oro de 10 libras que valia en aquel tiempo unos 20 francos de la moneda actual.

2. Bernadotte, célebre general francés, nació en Pau en 1764 y fué ele-

gido rey de Suecia en 1810, por los Estados generales, bajo el nombre de Carlos XIV. Murió en 1844, y le sucedió su hijo.

do, que pretende haberos conocido mucho en otro tiempo. — ¿Puedo preguntaros quién ese oficial? — Se llama el señor de Bethizy. — En efecto, le conozco muy bien, porque ha sido mi coronel y he tenido el honor de servir como soldado raso bajo sus órdenes: declaro que si he llegado á ser algo, lo debo á las bondades, y sobre todo, á los estímulos con que me favoreció ese valiente jefe. Siento mucho que mi posicion oficial no me permita recogerle en el palacio de la embajada de Francia, como hubiera deseado¹; pero os suplico le digais que Bernadotte, su antiguo soldado, le conserva siempre el mismo respeto y reconocimiento que ántes. » ¿Quién se quedó cortado al oír esta contestacion? El nécio ministro que, creyendo humillar al general frances, le facilitó la ocasion de dar una prueba de la elevacion de sus sentimientos.

§ III. MODERACION DE LOS DESEOS. — DESINTERES.

Hay una noble emulacion que conduce á la gloria por la senda del deber; pero la ambicion, este insaciable deseo de elevarse siempre, y sobre las ruinas de los demas, es un vicio aun mas pernicioso para los imperios que la misma pereza. (MASSILLON.)

Todos debemos contentarnos con nuestra posicion y sacar de ella el mejor partido posible; por dura que sea la condicion del hombre juicioso, siempre encuentra en ella algun consuelo.

Quien se contenta con lo que posee, es suficientemente rico.

Un alma noble solo aprecia el dinero por el buen empleo que puede hacer de él; y se abstiene de todo aquello cuyo origen no sea perfectamente puro.

Si tenéis lo necesario, contentaos con ello. Ni fincas, ni palacios, ni montones de oro pueden curar las enfermedades del cuerpo ni las del alma. (Moralistas antiguos.)

El dinero es buen criado, pero mal amo.... (Adagio popular.)

La avaricia es mas contraria á la economía que la liberalidad. (LA ROCHEFOUCAULT.)

El avaro no se atreve á tocar su dinero, viniendo á ser así su mero guardian, y parece que no goza de otro derecho que del de recrear su vista. ¿Qué fruto saca, pues, de él? (BOSSUET.)

1. El embajador de la República francesa no debía tener ninguna clase de relaciones con los emigrados.

Cincinato¹.

Los romanos, en ciertos momentos críticos², eligieron por cónsul³ á Cincinato, que era el hombre mas célebre de su época por su pericia militar y la sencillez de sus costumbres. Cuando los enviados del Senado y del pueblo fueron á buscarle á su modesta casa de campo, le encontraron surcando la tierra con el arado, y saludándole con el dictado de cónsul, le presentaron el decreto de su eleccion. No conmovió este honor á Cincinato, pero su amor á la patria no le permitia titubear, y aceptó sin vacilar. Al separarse de su esposa la encargó cuidase de su pobre hacienda, y la dijo: «Mucho temo que este año no sean bien cultivadas nuestras tierras. »

Con su prudencia y su energía, consiguió apaciguar los disturbios de Roma, volviéndose en seguida á su retiro á ocuparse de las faenas del campo.

Poco tiempo despues, los sabinos y los ecuos⁴ invadieron el territorio romano, y Cincinato tuvo que volver á salir de su retiro; fué nombrado dictador⁵ y se le confirió el mando del ejército; alcanzó una victoria completa y cedió á sus tropas todo el botin sin reservar nada para sí.

Quando el Senado recibió la noticia de su brillante hecho de armas, sabedor del modo como habia repartido los despojos el dictador, le ofreció una parte considerable de las tierras conquistadas, con el ganado necesario para su cultivo; pero Cincinato quiso dar un gran ejemplo á su patria, y se negó á aceptar el don, pues á su modo de ver, la pobreza laboriosa es la madre de todas las virtudes.

Entró triunfante en Roma: delante de su carro marcha-

1. Murió el año 438 ántes de J. C.

2. Los ecuos y los volsco cercaban al ejército romano.

3. Los cónsules eran los jefes de la República en Roma. Eran dos que se elegían una vez al año.

4. Pueblos fonterizos de los romanos, que á menudo se hacían la guerra.

5. En los momentos de peligro, los romanos nombraban un dictador, es decir, un jefe, cuya autoridad era absoluta, sin estar sometido á ley alguna y sin que tuviera que dar cuenta de su conducta; su poder solo podia durar seis meses.